

DESEOS DEL HOMBRE Y VIDA ETERNA

UNA LECTURA DE III C.G. CAP. 63

Leyendo el título de la propuesta para esta Semana, “Vida terrenal y vida eterna”, vino inmediatamente a mi mente el recuerdo de un capítulo de la Suma Contra Gentiles leído hace muchos años, que en su momento me había resultado profundamente consolador, pero sobre el cual no había reflexionado lo suficiente. Se trata de III CG 63, *Qualiter in illa ultima felicitate omne desiderium hominis completur*. En aquella felicidad última que esperamos, todo deseo del hombre se verá colmado. El texto constituye un maravilloso puente entre esta vida terrenal y la vida eterna, extremadamente apropiado para profundizar el asunto de la semana.

Primero leeré el capítulo completo, que habla por sí mismo y no requiere mucho comentario. Luego propondré diez apuntes o anotaciones al margen del texto, que fueron brotando de manera espontánea de su lectura.

“De qué manera en aquella felicidad última se plenifica todo deseo del hombre.

De lo dicho se hace evidente que en aquella felicidad que procede de la visión divina, todo deseo humano será colmado (impletur), según aquello del salmo, *quien llenará de bienes tu deseo*; y todo afán (studium) humano allí alcanzará su consumación. Lo cual se hace evidente a quien discurre por los casos particulares (*discurrenti per singula*).

Pues existe cierto deseo del hombre en cuanto es intelectual, del conocimiento de la verdad: deseo que los hombres satisfacen por el cultivo de la vida contemplativa. Y esto manifiestamente quedará consumado en aquella visión, cuando, por la visión de la primera verdad, les será dado a conocer todo lo que el intelecto desea naturalmente saber.

Existe también cierto deseo del hombre en cuanto posee razón, por la cual puede disponer de las cosas inferiores: al que los hombres satisfacen por el esfuerzo de la vida activa y civil. El cual deseo principalmente apunta a que toda la vida se disponga según la razón, lo cual es vivir según la virtud: pues el fin de cualquier virtuoso en el obrar es el bien de la propia virtud, como del fuerte que obre con fortaleza. Y este deseo se completará entonces totalmente: porque la razón estará en su máximo vigor, iluminada por la luz divina, de manera que no pueda decaer de lo recto.

También siguen a la vida civil ciertos bienes que el hombre requiere para el obrar civil. Como la sublimidad del honor: al que apeteciendo desordenadamente los hombres se vuelven soberbios y ambiciosos. Pero los hombres son elevados a la máxima altura del honor por aquella visión, en cuanto en cierto modo son unidos a Dios, como se ha dicho. Y por esto, como el mismo Dios es Rey de los siglos, de la misma manera los bienaventurados unidos a él serán llamados reyes, como dice el Apoc. *reinarán con Cristo*.

Y a la vida civil le sigue otro apetecible (appetibile), que es la celebridad de la fama: por cuyo deseo desordenado los hombres son llamados deseosos de vanagloria (inanis gloriae cupidi). Y los bienaventurados por aquella visión serán vueltos célebres, no según la opinión de los hombres, que pueden decepcionar y ser decepcionados, sino según el conocimiento máximamente verdadero de Dios y de todos los santos. Y por esto aquella bienaventuranza muy frecuentemente es denominada gloria por las Sagradas escrituras: como dice el Salmo, *exultarán los santos en la Gloria*.

También hay otro bien en la vida civil, que son las riquezas, por cuyo deseo y amor desordenado los hombres se hacen avaros (*iliberales*) e injustos. Pues en aquella bienaventuranza se encuentra la suficiencia de todos los bienes: en cuanto los bienaventurados disfrutan de aquél que comprende la perfección de todos los bienes (*illo qui comprehendit omnium bonorum perfectionem*). Por lo cual se dice en Sab. 7-11: *con ella vinieron para mí simultáneamente todos los bienes*. Y también en el Salmo: *gloria y riquezas en su casa*.

También existe un tercer deseo del hombre, que le es común con los otros animales, el disfrutar de los placeres (delectationes): el cual los hombres buscan máximamente a través de una vida voluptuosa; y por la inmoderación en ella los hombres se hacen intemperados e incontinentes. Ahora bien, en aquella felicidad se da el placer perfectísimo: pues es tanto más perfecto que aquél que es según el sentido, que también los animales irracionales pueden disfrutar, cuanto el intelecto es más alto que el sentido; cuanto también aquél bien en el cual nos deleitaremos es mayor que cualquier bien sensible, y más íntimo, y más continuamente placentero; del cual se dice en el Salmo: *se embriagarán con la abundancia de tu casa, y los alimentarán con el torrente de tu deleite*.

También existe el deseo natural, común a todas las cosas, por el cual desean su conservación, en cuanto ésta es posible: por cuya falta de moderación los hombres se vuelven temerosos (*timidi*), y demasiado reticentes a las labores. Y este deseo entonces será totalmente completado, cuando los bienaventurados alcancen la perfecta sempiternidad, seguros respecto de toda herida; según aquello de Isaías 49-10 y Apoc. 21: *ya no tendrán hambre ni sed, ni caerá sobre ellos el sol ni el ardor del verano*.

Así resulta manifiesto que por la visión divina las sustancias intelectuales alcanzan la felicidad verdadera, en la cual todos los deseos descansan, y en la cual se da la plena suficiencia de todos los bienes que, según Aristóteles, se requieren para la felicidad. Por lo cual también Boecio dice que la bienaventuranza es el estado perfeccionado por la congregación de todos los bienes.

Sin embargo, nada hay en esta vida tan semejante a esta felicidad última y perfecta como la vida de los que contemplan la verdad en la medida que es posible en esta vida. Y por esto los filósofos, que de aquella felicidad última no pudieron tener noticia, pusieron la última felicidad del hombre en la contemplación que es posible en esta vida. Por esto también, entre las otras vidas, en la divina escritura se recomienda más la vida contemplativa, cuando el Señor dice, en Lucas 10-42: *María eligió la mejor parte, que no le será quitada*. Pues la contemplación comienza en esta vida, pero en la futura será consumada: en cambio la vida activa y civil no trasciende los límites de esta vida.”

* * *

En esta vida estamos llenos de deseos de distinto tipo, que corresponden a los distintos niveles de vida propios de nuestra naturaleza compuesta. Aquí se nos responde a algunas preguntas respecto de este cúmulo de deseos. ¿Qué sucederá con ellos? ¿Mueren junto con nuestra vida terrenal? ¿Debemos renunciar totalmente a ellos y a su satisfacción ante el altar de Dios? ¿No quedará entonces un vacío en nosotros en la vida eterna? Aun cuando no son deseos moralmente malos: acaso por el sólo hecho de ser, ellos y sus bienes correspondientes, intrínsecamente imperfectos o ligados al cuerpo material, ¿no debería el hombre en el cielo verse totalmente purificado de ellos?

Aquí nos dice Santo Tomás: no es que en el cielo se nos va a plenificar “sólo” el deseo que actualmente podamos tener de Dios, independientemente de todos los demás deseos que alimentamos en esta vida terrena, sino que se verá colmado *todo* deseo del hombre, aun los que compartimos con los otros seres vivientes y con el conjunto de toda la naturaleza. Si nos tomamos radicalmente en serio estas palabras, se trata de un gran consuelo para tantos hombres que quizá no somos tan espirituales, que estamos llenos de deseos humanos y terrenales.

Pasamos a nuestras diez anotaciones al margen del texto, en las que hablaré no tanto como “filósofo”, ya que el tema excede la filosofía; mucho menos como “teólogo”, que no lo soy, sino como un simple creyente alimentado por la Esperanza.

1. Lo esencial está dicho en el enunciado del principio general, más allá de las enumeraciones particulares: todo deseo que el hombre pueda albergar en esta vida se verá colmado. Notemos que no dice “todos los deseos naturales” sino “todos los deseos del hombre”, *omnia desideria hominis*. Con ello parece estar ampliando notoriamente el abanico de aquellos deseos nuestros que se verán colmados en el cielo.

2. Se trata a la vez de una legitimación y valoración de estos deseos, de una afirmación implícita de su carácter de buenos en sí mismos, obras de Dios Creador, junto con la afirmación de una insuficiencia de esta vida para satisfacerlos plenamente, así como de la posibilidad que tiene nuestra libertad finita de canalizarlos en forma desordenada. Estamos claramente en la línea de la valorización tomasiana de lo terrenal, de la Creación material. *Thomas a creatore*.

3. Junto con la legitimación de estos deseos debemos afirmar la legitimidad de los placeres correspondientes por la posesión de esos bienes, disfrutados con la medida de la razón: lo que en otro lugar Tomás denomina *delectabile moderatum ratione*.¹ ¿Es muy arriesgado sostener que todo recto disfrute de un bien creado en esta vida, aún el modesto placer de saborear una deliciosa comida, constituye un anticipo y una promesa de la felicidad que gozaremos en el cielo, que en sí mismo puede conducir hacia ella? “La realidad corporal aspira volverse en su *profundior intentio* pura mediación o conducencia”, decía Jaume Bofill y Bofill², tomista catalán que solía citar nuestro maestro Emilio Komar junto con aquellas palabras de Santo Tomás sobre las que siempre insistía: “las creaturas, en cuando de ellas depende, no alejan de Dios sino que conducen a él. Mas que alejen de él, esto sucede por culpa de quienes las usan insípidamente-*qui insipienter eis utuntur*”.³

4. La tesis metafísica implícita pero evidente en todo el capítulo es que todo bien creado, aun con su perfil propio, cada uno muy diferente del otro, es participación del Bien Infinito, y recibe de esta participación toda su bondad y su fuerza atractiva. Y justamente esa diferencia entre los distintos bienes particulares expresa, de manera finita y múltiple, cada uno con su matiz y complementándose entre sí, la inagotable y multifacética riqueza del Bien Divino, de la misma manera como las diferentes esencias finitas se complementan para expresar de manera múltiple y diversa la inagotable riqueza del Ser Subsistente.

A gozar de este Bien Imparticipado o Bien “intensivo”, denominado de varias maneras en el capítulo, como “congregatio omnium bonorum”, “comprehensio omnium bonorum

¹ S. Th. I-II, q. 95, art. 3 c.

² J. Bofill y Bofill, *Obra filosófica*, Ariel, Barcelona 1967 [recopilación póstuma de artículos.], p. 248

³ S. Th. I, q. 65, a.1 ad 3

perfectionis”, “plena sufficientia omnium bonorum”, que contiene en sí y supera infinitamente las riquezas de todos los bienes particulares, somos llamados en la visión beatífica, unida al “lleno total”, a la inseparable *fruitio* de nuestra voluntad con su sed de ese Bien infinito.

5. Los vicios morales aparecen claramente en el texto como realizaciones desordenadas de esos deseos humanos en sí mismos legítimos, que en el cielo serán totalmente purificados de ese desorden. Se mencionan varios ejemplos:

-Nuestra soberbia y ambición: revelan un legítimo deseo de la sublimidad del honor (sublimitas honoris). Pienso por ejemplo en el honor del servicio a la comunidad, civil o militar.

-Nuestra *inanis gloria*: gloria vacía que revela un legítimo deseo de la “celebridad de la fama”, de una recta gloria de nuestro propio ser y de nuestra propia vida, *clara cum laude notitia* que todos los humanos necesitamos y a la que es legítimo aspirar. Josef Pieper la describe así: “una vida que lleva como final y desenlace el estado de ‘gloria’, es decir, la absolutamente segura e inconfundible corroboración del ‘Primer Amante’, que en ese estado de revelación nos diga ‘públicamente’, o sea, en presencia de todos los seres creados, a la vez que con su palabra lo realiza, que es maravilloso ser lo que somos”.⁴

-Nuestra avaricia y nuestra injusticia: revelan un deseo legítimo de riqueza, de abundancia y suficiencia de bienes que no se agotan ni escasean.

-Nuestra intemperancia e incontinencia: revelan un justo y natural deseo de placer o disfrute de las cosas.

-Nuestra cobardía (timiditas): revela un justo y totalmente natural deseo de conservación de nuestro ser.

6. La distinción entre *intellectus* y *ratio* se encuentra implícita, y con ella la superioridad del *intellectus* y su rol en la contemplación teórica de la Verdad, así como la afirmación de la *ratio* como práctica, especialmente gubernativa. El primer párrafo hace referencia al goce de la vida “intelectual” en el sentido preciso de la vida del *Intellectus*, como órgano de la *contemplatio*: nuestra sed de Verdad será plenamente saciada. El segundo alude a los deseos propios del hombre en cuanto posee “ratio”, y hace referencia no tanto a ésta en el sentido de razón discursiva (*diánoia*) cuanto en el sentido del *lógos* rector de la vida: el *orthós lógos*, *recta ratio*. Es la experiencia de disfrute en el ejercicio de la razón práctica, el deseo y

⁴ Pieper, J., *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid 1980, p.458.

el placer del uso de la prudencia, de gobernar nuestra propia vida y también la de las comunidades que nos son encargadas.

7. Una cuestión que surge inevitable, particularmente ante quienes objetan que el cielo será “aburrido”: ¿cómo puede hacerme feliz la “visión” cuando mi deseo es de “acción”? Por ejemplo en un emprendedor, que disfruta intensamente en la realización de distintos proyectos. Es verdad que la vida activa y civil “no trasciende los límites de esta vida”, como se dice al final del capítulo, y que la que nos espera será la consumación de la contemplación. Pero también, misteriosamente, se completará nuestro deseo de praxis y de póiesis, y el placer que ellas encierran. Se tratará de una participación de las creaturas racionales e intelectuales en el gobierno del mundo, asociadas al Reinado Divino: la razón estará en su máximo vigor, iluminada por la luz divina, de manera que no pueda decaer de lo recto. Y como el mismo Dios es Rey de los siglos, reinaremos con Él y unidos a él seremos llamados reyes.

Se trata también de un reposo, de un descanso de la actividad práctica y poiética, pero que conlleva el gozo de sus frutos eternos: en aquella vida, que será justamente una “vida” (¡qué fácil y livianamente pronunciamos esta palabra!), *no se perderá nada* de todo lo bueno que hayamos podido construir en ésta, en una historia personal misteriosamente recapitulada y conservada en los “graneros celestiales” del Reino, que se llenará de contenido con nuestras acciones rectas aquí en la tierra: *jamás se perderá en vano* -dice Josef Pieper- *una brizna de lo que, en lo terreno-histórico, es bueno; bueno, justo, verdadero, bello, logrado y saludable*.⁵

También se trata de un *alivio* de nuestro deseo, en lo que tiene intrínsecamente de imperfección, de ansia y afán (*studium*), de insatisfacción, como “ausencia del bien amado”. Una felicidad “en la que todos los deseos descansan”, dice Santo Tomás. No es casual que este grandísimo maestro defina siempre el placer y el gozo en el bien amado alcanzado como reposo, *quies in bono*.⁶ Es el “domingo sin ocaso en el que la humanidad entera entrará en tu descanso”, como dice la liturgia.

8. El deseo de subsistencia existe, es innegable, pero es por así decir el deseo más bajo en la jerarquía de los deseos que se nos propone en el capítulo. No es el determinante, no es el dominante. El mero subsistir, un mero “paso a la inmortalidad” en sentido iluminístico no alcanza. No queremos seguir viviendo por el sólo hecho de seguir existiendo: sería un mero *esse* sin *operari*, y por lo tanto sin felicidad. Y podría significar, abandonado a sí mismo, un terrible vacío. Necesitamos un *para qué* y sobre todo un *con quién*. Esa subsistencia se llena

⁵ Pieper J., *Esperanza e Historia*, Ed. Sígueme, Salamanca 1968, p. 107.

⁶ S. Th. I-II, q. 2 art. 6 ad 1

de vida y de sentido con la contemplación y el gozo del Amado en la Comunión de los Santos.

9. La enumeración, el *discursus per singula*, no tiene por qué ser exhaustiva. Se trata de una inducción incompleta, de una mostración de la verdad de la tesis general con ejemplos parciales. Hay otros deseos humanos que no están enunciados aquí y que también encontrarán su plenitud en el cielo. Me permito mencionar algunos:

-El deseo de la unión con el otro en el amor, de amar y ser amados: ¿acaso no es uno de los motivos más fuertes de felicidad en esta vida? Quizá el más universalmente reconocido, especialmente por los hombres y mujeres sencillos de corazón, que seguramente no conocen el gozo de la contemplación sapiencial, o del ejercicio del gobierno de una comunidad, pero que encuentran felicidad en el simple compartir con su familia y amigos, por ejemplo en una comida familiar al volver de su jornada laboral, o el domingo al mediodía. El cielo, como plenitud de la caridad, de la unión en el amor con Dios y con los hermanos, será un banquete, las bodas del Cordero, y también el desposorio pleno entre cada “alma hermosa” y el Esposo, para decirlo con san Juan de la Cruz.

-El deseo de salud, que podemos albergar tantos enfermos de este mundo. ¿Acaso “salvación” no viene de “salud”? Somos llamados a ser total y definitivamente sanados por Jesús Médico de todas nuestras enfermedades y heridas, del cuerpo y de la mente.

-El deseo de justicia: “hambre y sed” de que cada uno tenga lo suyo, su derecho.

-El deseo de paz, de una profunda “tranquilidad en el orden”, y el deseo de unidad y de armonía, para todos aquellos que sufrimos los conflictos y las guerras, exteriores o interiores. Una Paz que está “más allá de nuestro entendimiento”.⁷

-El deseo de belleza. Para aquellos que amamos la música, por ejemplo: por más maravillosa que sea la *visio* como imagen del conocimiento espiritual de Dios, de la Presencia Bellísima que nos espera, me parece que sigue siendo una imagen tomada de lo sensible, y por lo tanto en cierta medida insuficiente y limitada. Hay una belleza visual, pero también hay una belleza auditiva, una Música de la que participa toda belleza musical creada y sensible, y en especial la música sacra. A escuchar esta Música Divina, que es “la Fuente y la Primera” y “Gloria del apolíneo Sacro Coro”, nos invita Fray Luis de león en su “Oda a Francisco Salinas”: la *visio beatifica* será sin duda, también y al mismo tiempo, *auditio beatifica*. ¿Acaso San Agustín no nos advirtió, en su poema *Sero te amavi*, acerca de los cinco sentidos espirituales? Vocasti, splenduisti, fragrasti, gustavi, tetigisti...⁸

⁷ Filip. 4, 7

⁸ Confes. 10, 27.

Y para aquél o aquella que ama cantar: seguramente también en el cielo cantaremos sus alabanzas, como dice la liturgia. Como Martine, aquella hija del pastor en “La fiesta de Babette”, extraordinaria cantante que renuncia al canto en la tierra por amor, para acompañar piadosamente a su padre en su misión: “cómo se alegrarán los ángeles al escucharte”, le dice no sin tristeza su maestro Achille Papin al aceptar su decisión.

San Agustín pone en la boca de Dios estas palabras al terminar La Ciudad de Dios: “«Yo seré su saciedad, yo seré lo que puedan desear honestamente los hombres, la vida, la salud, el alimento, la abundancia, la gloria, el honor, la paz, todos los bienes» Así, en efecto, se entiende rectamente lo que dice el Apóstol: *Dios lo será todo para todos.*”⁹

10. De todas maneras queda asentada la superioridad de la vida contemplativa como *semejanza* terrenal del cielo: “Nada hay en esta vida tan semejante a esta felicidad última y perfecta como la vida de los que contemplan la verdad en la medida que es posible en esta vida”. Todos los hombres por naturaleza deseamos saber, y el Cielo será la plenitud de este deseo, ya que en Dios lo veremos todo, según aquel pasaje de San Gregorio que cita Santo Tomás en De Veritate: *¿Qué es lo que no verán los que vean al que todo lo ve?*¹⁰

* * *

Sí, es verdad, los creyentes creemos en que toda esta saciedad nos espera en Dios, y en que quizá no estamos lejos, confiados en su Misericordia. *Ultima felicitas*, y no sólo *Beatitudo*, con la misma palabra con que denominamos a esos pocos momentos de total plenitud que en la tierra podemos vivir en medio de nuestras luchas y pesares, y que deseamos con nuestro deseo más hondo, con nuestra *voluntas ut natura*. Ser creyente, hoy como ayer, es tener esa “segunda ingenuidad” y esa audacia de creer toda esta maravilla. De esperar con incommovible Esperanza, incluso *más allá* de todos estos deseos humanos (que finalmente se quedan cortos, porque “la fuente aplasta al sediento”), “*lo que nadie vio ni oyó y ni siquiera pudo pensar, aquello que Dios preparó para los que lo aman*”.¹¹ Porque nos ha sido prometido por el Señor que es fiel a sus promesas.

⁹ De Civ. Dei L.XXII, cap. XXX, 1.

¹⁰ Q.D. De Veritate, q. 2 a. 2 c.

¹¹ I Cor. II, 9

Abstract

En esta ponencia se pone a consideración de los oyentes un magnífico texto de la *Summa Contra Gentes*, tercer libro, capítulo 63, en el que Santo Tomás nos explica “de qué manera en aquella felicidad última es colmado todo deseo del hombre.” Ante todo se lee el texto completo traducido, que no requiere mucho comentario, y luego se proponen diez “anotaciones al margen” sobre determinados aspectos del pasaje que merecen ser resaltados o ampliados. Se trata de los deseos de todo el hombre, y no sólo de su dimensión espiritual: también en lo que tiene en común con los demás animales, y con los demás entes naturales, estableciendo un puente entre la vida terrenal y la vida eterna, en la línea de la valoración tomasiana de lo terrenal. Se subraya al final la excelencia de la vida contemplativa como lo más semejante en esta vida terrenal a la visión beatífica que esperamos.

Alberto Berro

Es Doctor en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la U.C.A., donde ha sido titular ordinario de la cátedra de Filosofía de la Historia. También se ha desempeñado como profesor de Ética en la Universidad del Norte santo Tomás de Aquino. Director General del Colegio Pilgrims', ha dictado numerosas conferencias y cursos vinculados con la temática filosófica y educativa a partir de las orientaciones recibidas de su maestro, el Dr. Emilio Komar. Algunas publicaciones: “La negación de la afectividad espiritual en Kant”, Revista Psychologica, N° 6, 1983; “Mundo Moderno y Sentido de Dios”, Claretiana (en colaboración), 1989; “El derecho natural en el marco de una Filosofía de la Historia” (Apuntes a la ‘Ciencia Nueva’ de G. Vico), Universidad de Lomas de Zamora, 2001. En la revista ‘Sapientia’: “La ‘acceptio a rebus’ como condición del espíritu encarnado en Santo Tomás” (1998), “Pieper y Guardini en Rothenfels, un encuentro fecundo” (2004), y “Sobre el ente posible y necesario en Tomás de Aquino” (2005). Ha sido editor académico y coautor de las publicaciones ‘Vida llena de sentido’ (1999) y ‘Vida llena de sentido II’ (2002), del Centro de Estudios Humanísticos y Filosóficos ‘Sabiduría Cristiana’ de Buenos Aires, del cual es fundador y presidente. En el mismo centro ha publicado en 2008 un ensayo titulado “Vivir desde el don” y en 2009 “La inteligencia como potencia intuitiva. Un estudio sobre Santo Tomás de Aquino”. Ha participado con varias ponencias en la Semana Tomista de la Sociedad Tomista Argentina. Dirección electrónica: aeberro@yahoo.com.